

¿POR QUÉ ESCRIBO?

BOTERO URIBE, DARÍO
Bogotá, 1998

Publicaciones Universidad Nacional de Colombia - Esap. 147 páginas

Una reflexión tan antigua como actual y contemporánea, tan concreta como vaga y ambigua, pero, siempre, una evidencia de la indagación humana misma, por su razón (y no razón) de ser; una inquietud constante y evidente por saber, por conocer su inmanencia y su procedencia, su trascendencia y su ascendencia; pero no sólo búsqueda del Origen, sino, también, proyección de su Ser.

El acto mismo de escribir una obra –aunque fundamental y esencial– no es tan importante como el acto de pensarla, proceso casi místico que se lleva a cabo, la mayoría de las veces, a través de una profunda introspección que sincretiza lo psicológico, lo social, lo filosófico, lo ideológico, lo fenomenológico y lo inter e intradisciplinario.

No es casual, pues, que sea un filósofo el autor de *¿Por qué escribo?*, obra que parte en esencia de sus ya varias y conocidas obras publicadas, sobre filosofía y filosofía política, sobre todo de *El Derecho a la utopía* –en el 95–, que como bien dice el autor en el Prólogo de *¿Por*

qué escribo?: «A diferencia de una novela, un ensayo filosófico no es una historia concluida. El ensayo filosófico tiene secretas referencias a toda la obra del autor. No implica que no pueda leerse independientemente, debe entenderse más bien como una invitación al lector a internarse por la saga de relaciones conceptuales y reflexiones que van tejiéndose en torno a un problema y que forman una familia de conceptos y acotaciones que pueden desarrollarse a través de toda la obra de un creador. Por esto podría decirse que un filósofo no escribe sino un solo libro, que se ramifica a través de toda la obra».

Y por eso dice en uno de sus aforismos Botero Uribe: «Escribo para crear un género literario entre ensayo, narrativa, poesía y drama»; aunque no parezca tan innovador si se recuerdan los aforismos de Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*, por ejemplo.

Lo que sí constituye una novedad, no tanto del autor –aunque bellamente planteada por él–, sino de nuestra época, es la tendencia a la conciliación de ideas, por opuestas o contradic-

torias que parezcan, pues al declararse vitalista-materialista nos recuerda a Erick Fromm en su *Arte de amar*, donde declara: «...no pienso en función de un concepto teísta, y en mi opinión, el concepto de Dios es sólo un concepto históricamente condicionado, en el que el hombre ha expresado su experiencia de los poderes superiores, su anhelo de verdad y de unidad en determinado período histórico. Pero creo también que las consecuencias de un monoteísmo estricto y la preocupación fundamental no-teísta por la realidad espiritual son dos puntos de vista que, aunque diferentes, no se contradicen necesariamente».

Y precisamente es por eso que al comienzo nos referimos a la no-razón, pensamiento que refleja el talante del brillante filósofo de Calarcá, Quindío, y de la Universidad Nacional de Colombia, y que independientemente de que se comparta o no con su autor dicho planteamiento, u otras ideas suyas, no nos inhabilita para percibir la hermosa carga poética y la profundidad bienintencionada de sus reflexiones: «escribo por crear posibles racionales-no racionales capaces de mejorar la vida».

Porque, según Botero Uribe, «El riesgo de la praxis de los conceptos de Nietzsche y Freud es caer en el irracionalismo. Yo planteo –dice– con la concepción de la no-razón la manera de avalar este pensamiento, para alejarlo de la posibilidad de incurrir en la irracionalidad; viabilizarlo como una interacción individuo-sociedad o razón no-razón» [...] «escribo para plantear que quien no duda no avanza –dice– el nihilismo no está al final de la duda sino de la negatividad».

Y seguidos o anteceditos de las figuras diversas que hacen parte de la existencia, recreadas hermosamente por el maestro Dioscórides y que expresan a través de figura y color lo que sólo ellos saben expresar en manos talentosas, y que ilustran con acierto la publicación, los afo-

rismos del pensador parecen recordar a Sartre, quien en su conferencia *El existencialismo en un humanismo* cita, como punto de partida del existencialismo, una hermosa frase de Dostoievski: «si Dios no existiera, todo estaría permitido». «El existencialismo –señala Sartre– se opone decididamente a cierto tipo de moral laica que quisiera suprimir a Dios con el menor gasto posible [...] es necesario, para que haya una moral, una sociedad, un mundo vigilado, que ciertos valores se tomen en serio y se consideren como existentes *a priori*».

Así es como responde a la crítica católica de Mlle. Mercier, el reproche de «haber olvidado la sonrisa del niño», a lo que parece responder Uribe Botero: «escribo para asegurar que todo el oro del universo no paga la sonrisa de un niño; [...] escribo para manifestar que la verdad tiene que estar en consonancia con la justicia y la belleza; de lo contrario, es mentira»; y por eso es que puede también dirigirse al amor: «escribo para comunicarte que, excepto tu mirada, todo lo he aprendido en los libros».

O conciliar ese amor universal con la política de la utopía, pues opina que la ciencia política no existe: «Escribo para esclarecer que la contribución más grande a la liberación humana hasta el presente la aportó el Renacimiento con la formación del individuo; la masa, que apareció en las revoluciones del siglo XX como artífice del objeto de la liberación social de las mayorías, no hizo más que prolongar la existencia oprimida gestada por la dominación política».

Y, apoyado en Aristóteles, cree que «sólo quien es capaz de ser individuo puede ser universal»: «escribo para afirmar que cuando a Marx se le ocurrió que la violencia era lo que había faltado al socialismo utópico para resolver los problemas sociales, cometió un grave error. El tributo que la violencia paga al poder es tan considerable, que lo que se gana en ordenación más justa de la vida social se pierde en

capacidad de los individuos para autorrealizarse. El problema sigue siendo el mismo desde Platón: armonizar la universalidad y la individualidad en cada individuo y en el Estado».

«[...] escribo para enseñar que la reflexión no nos hace ni mejores ni peores; sólo nos ayuda a entender cómo somos»; [...] «escribo para derribar todas las barreras que se oponen a la construcción de un mundo hermoso».

La interesante obra la presenta el autor dividida en tres libros: «Libro uno: Ingreso al mundo de la Utopía», «Libro dos: Vida, pasión y creación del utopista», y «Libro tres: Cómo resuelve el utopista la aporía: ¿vivir para crear o crear para vivir?».

Es ésta una obra propicia para buscar confluencias y puntos de coincidencia, más que de divergencia; un intento de comprender y asimilar sin, necesariamente, coincidir con el pensamiento o la ideología del autor, y entender que, más que poseedores de la Verdad, somos sus humildes, inquietos y amorosos buscadores, y que todo acto de amor es un acto de paz: «*Te amo es decir: no morirás jamás*».

[...] escribo para, poder dialogar con mis lectores en la serenidad de sus conciencias; [...] «escribo para profesar que un verdadero maestro es aquél capaz de recrear el mundo sólo con palabras, colores, notas o formas...». ■

EDILBERTO QUIMBAYA GÓMEZ